

Campo de Los almendros. La memoria concentracionaria y sus reelaboraciones

Luz C. Souto
Universitat de València
luz.souto@uv.es

Resumen: El presente estudio realiza un recorrido por dos textos clave para la reconstrucción de lo sucedido en el campo de concentración Los almendros: *Campo de los almendros* de Max Aub (1968), y *Desde la noche y la niebla* de Juana Doña (1978). A través de ambas obras se analizan las características concentracionarias del predio alicantino –particularidades acentuadas por el último parte de guerra que confirma la derrota republicana– y la conexión entre escritura y memoria.

Palabras clave: Campo de concentración Los almendros; puerto de Alicante; memoria histórica; Max Aub; Juana Doña.

Los Almendros concentration camp. Concentrationary memory and its re-elaborations

Abstract: The current study is based on two relevant texts for the reconstruction of what happened in the concentration camp of Los almendros: *Campo de los almendros* of Max Aub (1968), and *Desde la noche y la niebla* of Juana Doña (1978). These works help us to study the characteristics of the concentration camp, some of them are common to other fields and the others are specific of Alicante context. Also, we will work on the connection between writing and historic memory.

Keywords: Los almendros concentration camp; Port of Alicante; Historical Memory; Max Aub; Juana Doña.

Este es el lugar de la tragedia: frente al mar, bajo el cielo, en la tierra. Este es el puerto de Alicante, el 30 de marzo de 1939. Las tragedias siempre suceden en un lugar determinado, en una fecha precisa, a una hora que no admite retraso (Max Aub, *Campo de los almendros*).

De las tragedias vividas durante la Guerra Civil española, la del puerto de Alicante, acontecida en marzo de 1939, es quizás la más devastadora a nivel moral. No solamente por la cantidad de muertos y porque el puerto estaba colmado de soldados y civiles que apoyaban la República, sino también porque fue el fin de la esperanza y el comienzo de una derrota que duraría casi cuarenta años.

Los últimos barcos en zarpar con refugiados fueron el Stanbrook, el 28 de marzo de 1939, que rescató oficialmente 2.638 personas, y el Maritime, un día después, con la irrisoria cifra de unos 30 pasajeros, vinculados a cargos políticos de Alicante. El resto quedó varado, encerrado entre el mar y los soldados de la división italiana Littorio, que el 30 de marzo enarbolaron en Alicante la bandera fascista. De este modo, el puerto transmutó de salvación en presagio del horror. Los hombres, mujeres y niños que habían llegado a la zona alicantina con la esperanza de huir fuera del territorio español, ya “cautivos” y “desarmados”, en un buen número fueron destinados a campos y cárceles.

El primer contacto con el universo concentracionario en que se convertiría el territorio español¹ fue, para más de 26.000 republicanos², un campo de 200 x 80 metros rodeado de almendros. La mayoría de los detenidos allí fueron trasladados entre el 31 de marzo y el 1 de abril, coincidiendo con el último parte de guerra. Estos episodios generaron un proceso concentracionario exclusivo en Los almendros, ya que a las particularidades generales de los campos de concentración (ausencia de

* Este artículo se inscribe en el proyecto Prometeo 2016/133 “Max Aub y las confrontaciones de la memoria histórica”, financiado por la Generalitat Valenciana.

¹ Entre 1936 y 1942 se constituyeron alrededor de 180 campos de concentración en el territorio español (Rodrigo, 2006). Antonio López (2013) contabiliza entre cárceles, campos, penales y prisiones, sin contar los batallones disciplinarios, más de 400 centros, con la siguiente distribución por provincias: Andalucía: 54, Aragón: 25, Asturias: 31, Cantabria: 24, Castilla La Mancha: 25, Castilla León: 41, Cataluña: 62, Extremadura: 19, Galicia: 24, Islas Baleares: 8, La Rioja: 4, Madrid: 38, Murcia: 9, Navarra: 8, País Vasco: 26, Protectorado español de Marruecos: 5, Valencia: 27.

² Max Aub menciona esta cifra en las “páginas azules” de su novela *Campo de los almendros* (2002: 459).

ley, desprotección, humillación, despojo, borramiento de la identidad, hambre, violencia, etc.), se sumaron, por un lado, el carácter improvisado, la corta duración, la falta de recursos, la geografía del terreno, la intemperie, el frío y la humedad por la cercanía del mar; por otro lado, hay que destacar las condiciones en que llegaron los detenidos, con el cansancio de una contienda de tres años, con el luto por los familiares recientemente desaparecidos, así como con el desaliento de una guerra recién perdida. Por tal motivo, las novelas sobre el puerto y sobre Los almendros se han convertido, además, en las “novela[s]-tragedia de la esperanza fallida” (Caudet, 2002: 21).

Teniendo en cuenta este contexto, el presente artículo se propone indagar, a partir de los textos de Max Aub y Juana Doña, en las particularidades de este campo de concentración y en el compromiso de los autores con la memoria histórica.

1. Responsabilidad social, memoria y escritura

En *Campo de los almendros* (1968), Max Aub contempla la multitud desesperada y se pregunta qué historia rescatar, entre todos los hacinados, entre esas treinta o cuarenta mil personas, con cuáles quedarse para que su individualidad no sea aniquilada: cómo elegir y cómo descartar (Oleza, 2011)³. Esta necesidad es conectada en las “páginas azules” de la novela aubiana con un *deber* de escritura:

El novelista tiene que escoger entre miles de personajes, reunidos en el puerto en la noche fría del 30 al 31 de marzo de 1939; entre los vencidos que todavía tienen esperanza de salvarse. Escoge y no escoge, se deja llevar por los que conoce y por otros que se le presentan inesperadamente (Aub, 2002: 398).

La memoria, como ya ha desarrollado Todorov (1998), forzosamente es una selección. De manera que el novelista no solamente tendrá que

³ Joan Oleza (2011) repara en la poca difusión que han tenido los sucesos del puerto en el panorama memorístico y literario, respecto a otros acontecimientos de la guerra civil. En su análisis se centra en la novela de Max Aub que se abordará en este estudio y en *Enllà de l'horitzó* de Enric Valor (1991). Hace mención, además, a obras como *Sumaríssim d'urgència* de Gonçal Castelló (1979); *Cuentos sobre Alicante y Albufera* de Jorge Campos (1985); y *Los naufragos del Stanbrook* de Rafael Torres (2004). También resalta crónicas periodísticas, testimonios y trabajos históricos sobre los hechos.

elegir qué personajes rescatar y qué historias contar; en el momento de construcción de su relato también deberá enfrentarse, indefectiblemente, al olvido y al modo de estructurar su discurso según el propósito y el efecto que pretende de él. Los textos que analizaré pivotan sobre la idea de la imperfección de la memoria, sobre la clarividencia de que todo *Pretérito* es *imperfecto*, sintagma que con gran lucidez utiliza Castilla del Pino para titular el primer volumen de su autobiografía, dejando en evidencia que “la buena memoria es sospechosa” (2003: 11); y que frente a esa vacilación, son los datos concretos los que permiten “recordar y rubrican [...] la exactitud” de lo narrado (2003: 13).

Esta necesidad de selección de la memoria se corresponde con el primero de los tres estadios del acto memorístico, compuesto por “establecimiento de los hechos, construcción del sentido e instrumentalización del pasado con vistas a objetivos actuales” (Sánchez Zapatero, 2012: 176). Aun así, el relato del pasado que efectúen los testigos no será definitivo, sino que estará condicionado por la actualización que se haga con otros discursos, por “la cotidianidad social en la que se inscribe el sujeto” (2012: 176). De manera que, en una segunda fase del acto de memoria, se trata de otorgar sentido a la experiencia a través de la relación con otras vivencias.

Para Max Aub, tal como se lee en el epígrafe que encabeza este estudio, el hecho en sí de la catástrofe tuvo una fecha y un lugar concretos: el puerto de Alicante, el 30 de marzo de 1939. Sin embargo, ante esta precisión, ni sus personajes ni los de Juana Doña se empeñan en seguir con exactitud los acontecimientos, ya que sobre ellos también prevalece el saber de una memoria defectuosa. En este sentido, la ficción les permite resolver “la tensión entre el discurso histórico y la memoria” (Nos Aldás, 2011: 87).

Un tercer estadio del acto memorístico tiene que ver con el modo en que se recuperan los hechos pretéritos en el presente, ya que el relato sobre el pasado “no ha de implicar un uso partidista de los recuerdos en busca de legitimaciones presentes, sino que ha de servir para hacer del recuerdo y de las vivencias pasadas elementos útiles para la actualidad” (Sánchez Zapatero, 2012: 177). Siguiendo el mismo criterio, Joan Oleza, en su análisis sobre las novelas que abordan la tragedia del puerto de Alicante, insiste en que quienes escriben y recopilan lo hacen con la necesidad de “contribuir a que se perpetúe su memoria” (2011: 122).

Es así como, tanto en el caso del ciclo aubiano *El laberinto mágico* como en las obras de Juana Doña, la finalidad tiene que ver con dejar una “memoria viva”, que el “lector pueda oler, a través de tantas contradicciones, fallas y aciertos lo que fue para mi generación aquel tajo mortal” (Aub, 2002: 402). El propósito, entonces, es no perder la experiencia límite, surgida en el campo o en la resistencia; es decir, la creación de un patrimonio testimonial y de una memoria que descubra las diferentes versiones de la historia. Esta conjunción también es la que permitirá a las sociedades futuras conmemorar el pasado y, dentro de las posibilidades, subsanar los traumas colectivos:

El testimonio como ruptura del silencio, la memoria como trama de los relatos de la resistencia y la historia como texto estructurador de alguna verdad, sea o no la oficial, han estado presentes en el proceso de revisión de las atrocidades estatales que se han logrado exhibir y denunciar (Calveiro, 2006b: 68).

Por este imperativo de sacar a la luz la experiencia concentracionaria, como alivio personal y como artefacto de memoria colectiva, Juana Doña repite en *Gente de abajo* (1992) la misma premisa que ha marcado las novelas de otros sobrevivientes de los campos:

No quería olvidar; olvidar es convertir en cenizas la parte más larga de tu vida, porque el olvido llega cuando casi ya no vives. Olvidar es un despilfarro, es quedarte sin nada, con las manos vacías y la mente vacía (1992: 12).

La resistencia ante el silencio histórico e institucional convierte a Juana Doña y a Max Aub en cronistas de la tragedia. Sus personajes blanden la palabra y su memoria como última posibilidad ante el terror extendido; sobrevivir y testimoniar es separarse de lo animal, de lo no-humano, del “musulmán”, no haber cedido a “la zona gris” (Agamben, 2000) y ocupar, por ende, el lugar del otro, hacer justicia por quienes se quedaron sin voz y sin cuerpo, porque “la justicia va estrechamente ligada a esa capacidad de narrar y relatar, en este caso, la historia de los campos con su violencia y su turbación”, de modo que “lo justo iría de la mano de la escritura de la barbarie” (Cohen, 2006: 50). La escritura es, entonces, lo único que queda después del saqueo, algo por lo cual

luchar, resistirse e incluso dar la vida. Así lo ilustra Ferrís, personaje aubiano, escritor, quien es asesinado por no entregar su pluma como botín de guerra. Su exclamación, tan heroica como irracional (“La pluma, no”) se convierte en acto, en grito de memoria y permanencia, porque aunque “la diñó por no dejar la pluma de la mano”, la honestidad de la acción, en medio de tanta deshumanización, para sus compañeros es de lo más “edificante” (Aub, 2002: 438-439). El acto final de Ferrís es un “ejercicio de voluntad” que le permite preservar una “dignidad mínima” (Todorov, 1993), un asalto de libertad frente a la lapidación de la autonomía que impera en los campos.

Se trata, por tanto, de escribir con desesperación, pues es lo único que se puede hacer ante el poder totalizador del franquismo, ya que en este proceso “la escritura brota del recuerdo, mas también para que se recuerde [...] reorienta el presente y posibilita construir un futuro mejor” (Lluch-Prats, 2014: 137). En el caso de Aub, como también en el de Doña, la escritura compulsiva fue un arma “que dio lugar a una literatura activa, crítica hacia actitudes conformistas y dirigida contra el olvido, pues había recuerdos condenados al silencio justo donde importaba recordarlos: en la España franquista” (Lluch-Prats, 2010: 34). Sin embargo, ambos no solamente debieron enfrentarse al régimen sino también a su herencia cultural, que borró todo vestigio de la memoria republicana, y reeducó a las nuevas generaciones bajo el control de un terror paralizante. Ana Miñaro y Teresa Morandi, psicoanalistas especializadas en el trauma psíquico y la transmisión intergeneracional en el ámbito de la Guerra Civil española y la dictadura franquista, enfatizan que:

El trauma [...] produce fracturas difíciles de remitir y se instala como un fuera de tiempo, fuera de sentido, fuera de lugar. Cuando no se elabora y no puede tramitarse persiste por generaciones, va pasando de madres-padres a hijos, como la vivencia de un horror amenazante, como una pesadilla y entra en la persona de la generación siguiente como algo que hace mal y perdura (2014: 68).

De este modo, el miedo y el estancamiento afectaron a la generación que sufrió la guerra, que convivió con la cotidianeidad de los campos, los “paseos” y la violencia extendida, mas también se perpetuaron en la descendencia. En este punto igualmente hay que tener en cuenta la

duración y la multiplicidad de los espacios concentracionarios, algo que permite introducir en las novelas y los estudios la metáfora de España como cárcel, o, en términos aubianos, como un gran laberinto: “Nos metieron en un laberinto, al salir del Paraíso. Y se me perdió el hilo: estoy perdido. Estamos perdidos. No saldremos ni con los pies por delante” (2002: 390). De este modo, se potencia la idea de encierro y la excesiva vigilancia, sobre todo respecto de lo extranjero (noticias, cine, literatura, productos, etc.), la hegemonía de la propaganda del régimen y la constante censura sobre las producciones culturales. Todas estas medidas, abocadas a reeducar y controlar a adultos y a niños, coexistieron a la vez que las cárceles y los campos. Se trató, de este modo, de una red concentracionaria que no se mantuvo aislada o en secreto sino que formó parte de la trama social. Este hecho permitió que el efecto de la reclusión se sintiera incluso fuera de las alambradas.

-¿A dónde nos llevarán?

-Donde les dé la gana.

-¿Qué cárcel habrá para tantos?

-Toda España (Aub, 2002: 435).

Tanto en los mismos campos de concentración, como en la metáfora de España como espacio concentracionario, hubo una manipulación de los recuerdos porque, como infiere Calveiro, “el campo no es exactamente una máquina de olvido sino una máquina que reformatea la memoria, la amolda a sus necesidades. Su objetivo es borrar, vaciar, regrabar” (2001: 106). Así, quienes abogaron por una “literatura activa” tuvieron que luchar contra la censura del régimen y también contra el desinterés del pueblo español, dado “el obstáculo para llegar al lector que consideraba[n] propio, la ausencia de un oyente” (Lluch-Prats, 2010: 32). Con la transición democrática el desinterés se hizo aún más visible, ya que por entonces se desterró la memoria republicana y se “descapitalizó la riqueza y la experiencia acumulada durante los tiempos de oposición al franquismo” (Reyes Mate, 2015: 28); es decir, la pluralidad de voces que traía consigo esa resistencia, y que esperaba ansiosa la muerte del dictador para dar a conocer sus vivencias y ser parte de la construcción del nuevo Estado democrático, fue omitida y quedó descartada del nuevo proyecto político.

2. La escritura ante el campo Los almendros

Max Aub y Juana Doña, que vivieron en primera persona la experiencia concentracionaria, no proponen textos autobiográficos, aunque los hechos que narran sí lo sean. Ambas producciones podrían definirse como “tragedias corales” (Oleza, 2011: 117), “mosaico[s] de recuerdos individuales” (Nos Aldás, 2011: 87) planteados para dar voz a quienes ya no la tienen, de manera que la enunciación es trasladada continuamente a otros personajes. Esta marca polifónica ha sido retomada por obras más recientes como *La voz dormida* (2003) de Dulce Chacón.

Si en el caso de Aub el testimonio de su internamiento en los campos de concentración “no va a efectuarse con un discurso tradicional caracterizado por la identidad entre instancias extra e intradiegticas, sino a través de la configuración de un universo narrativo en el que su experiencia biográfica va a ser ficcionalizada por una suma de voces” (Sánchez Zapatero, 2008: 168), en el relato de Doña la voz es trasladada a una tercera persona omnisciente, que sigue el camino de Leonor por diferentes campos y cárceles franquistas. En el *racconto* de su peregrinación se intercalan la historia y el diálogo de diferentes personajes femeninos, que se alternan el protagonismo.

En cuanto al momento de representar el campo de Los almendros, en uno y otro texto, como también en las voces testimoniales, se alude a características precisas. En primer lugar, su vinculación directa con el puerto de Alicante, pues las narraciones bien comienzan en el fondeadero, bien se inician en otro punto del mapa, pasan por él y desde allí al campo. Los almendros tampoco cierra el ciclo de las narraciones, por el contrario, funciona como la antesala de otros campos y cárceles más estables. En segundo lugar, los textos resaltan la particularidad del predio. Por un lado, tal como indica el nombre del campo, sobresale la presencia de almendreras. Estos árboles sirvieron desde las primeras horas para saciar el hambre, aunque también produjeron intoxicaciones⁴.

⁴ Fueron muchos los trastornos producidos por la alimentación en esos días, y no solamente debido a las almendras. Teniendo en cuenta que no había agua, ni baños, ni condición higiénica alguna, los cuadros de deshidratación y los focos de disenteria aumentaron el suplicio de los prisioneros, entre quienes también había niños, como se menciona en los textos.

- Arzollas, se llaman.
- Serán almendrucos.
- Es lo mismo.
- Almendras verdes y acabáis antes. [...]
- Ya veréis la diarrea (Aub, 2002: 462).

Igualmente Juana Doña recurre a la imagen de las alozas verdes para ejemplificar el suplicio del hambre, un estigma contra el que deberán lidiar todos los prisioneros de campos y cárceles. Sin embargo, durante los días en que estuvieron a la intemperie, los almendros también otorgaron a los presos la ilusión de amparo, un lugar donde construir un espacio mínimo pero propio: “Se agrupaban alrededor de un almendro de grueso tronco que despedía el olor fuerte de su flor abierta en los primeros días de primavera” (Doña, 1978: 63). Desde esta perspectiva, las narraciones dan cuenta de la necesidad de buscar un elemento de pertenencia en un espacio donde todo es pérdida: “Vuelve a ‘su’ árbol. Uno, envuelto en una manta, con una cachucha metida hasta las orejas. Tiene ganas de echarle. ¡Que se vaya! Es ‘su’ árbol” (Aub, 2002: 499).

A partir de la difusión de fotografías de los campos de exterminio alemanes, una de las primeras imágenes que se asocian al espacio concentracionario son las vallas. No obstante, no todos los campos contaron con alambradas. En este aspecto hay una divergencia entre los datos mencionados en los textos de Aub y de Doña. En el primero leemos: “La primera noche, en el Campo de los almendros, sin alambradas ni vallas, improvisado, con ametralladoras apuntándonos y ‘vivacs’ de soldados franquistas” (Aub, 2002: 447); prosigue: “ahora, de día, se ve que no hay alambradas ni cerca como no sea unas que no sirven para nada, al lado de la carretera. Alrededor, italianos...” (2002: 463). Por otra parte, en el segundo texto, con otra visión Juana Doña escribe que “un gran campo, erizado de alambradas y vigilado estrechamente les aguardaba: el ‘Campo de los almendros’ ” (1978: 63). Por lo que se infiere de algunos de los testimonios⁵, el campo tuvo una alambrada improvisada. Mas escapar era prácticamente imposible, ya que había “como fondo, de cuando en cuando, ráfagas de ametralladoras” (Aub, 2002: 447) que imponían el encierro.

⁵ Eduardo Pons (2005), que reproduce en *Los niños republicanos* diferentes testimonios de la guerra, dedica el apartado “Las repatriaciones. El trasteo interior (1939-1945)” a los sucesos acaecidos en el puerto de Alicante y en el campo de Los almendros.

Con el imperio del hambre, la humillación y la violencia continuas, en este campo abierto, como también sucedió en otros dentro y fuera de España, a los que fueron destinados los republicanos, se dio inicio a la deshumanización y a la pérdida de las características identitarias. Prueba de ello es el modo en que los autores relatan el tratamiento a los prisioneros: “allí, como volquetes de arena, eran volcados, para volver a marchar por nueva carga” (1978: 63), dice Juana Doña; “nos metieron como ganado en vagones de mercancía” describe Aub (2002: 448). Esta secuencia de deshumanización conduce también al sometimiento extremo como garantía de supervivencia y, por ende, a la incapacidad de rebelión.

Antes de llegar a esta condición límite, infrahumana, muchos prefirieron quitarse la vida. Los suicidios, que ya habían comenzado en el puerto, en consecuencia se extendieron en Los almendros. De hecho, la tragedia de Alicante ha quedado en la memoria colectiva como un punto indisoluble del trauma histórico, tanto por el caos producido por las tropas italianas y los falangistas, como por los brotes de psicosis colectiva y los suicidios en masa. Aub cifra que “esa noche, la del 31 de marzo al 1.º de abril se suicidaron, según tengo recogidos los datos, veintitrés. La mayoría con arma de fuego, como es natural. Otros se echaron al agua; alguno, un comisario de la división, haciéndose el harakiri” (2002: 446). En el texto, la acción también es detallada por medio de misivas, que intentan dar cuenta de la magnitud del sentimiento de derrota. La carta de Manuel a su “ ‘hermano’, compañero”⁶ (Lluch-Prats, 2010: 294), es un ejemplo de esto:

Te aseguro que todavía no sé si me pegaré un tiro, me estrellaré la cabeza contra la pared del muelle o me tiraré al agua [...] Me suicido no porque me dé la gana sino porque hemos perdido la guerra. Si hubiesen llegado barcos, si pudiésemos haber pasado una frontera; bueno, a ver qué pasaba (Aub, 2002: 436).

En *Desde la noche y la niebla*, esta visión catastrófica producida por la ola de suicidios es coincidente:

⁶ Tanto este personaje como el resto de los que se mencionan de *El laberinto mágico* han sido contrastados con el análisis de Lluch-Prats (2010).

Los había con tal desesperanza que su única huida, su auténtica evasión era la muerte. Sonó un disparo, los que estaban cerca vieron como un hombre vestido de uniforme se desplomaba en la arena con la cara destrozada, se había dado un tiro en la boca levantándose la tapa de los sesos [...]. No era el primero que se quitaba la vida en el puerto. Las detonaciones desde hacía dos días se sucedían con bastante frecuencia (Doña, 1978: 58-59).

Como puede deducirse de estos fragmentos, los narradores no se detienen solamente en la descripción de los suicidios, hay, además, un entendimiento de la circunstancia que rodea el propósito de morir. Estos actos deberían ser entendidos, en este contexto de violencia y asesinatos, como un ejercicio de voluntad: “uno modifica el curso de los acontecimientos, aunque sólo sea por última vez en la vida”; así, ante la maquinaria homicida que se puso en práctica con la victoria, los suicidios actuaron como “un desafío”, “una última libertad” (Todorov, 1993: 70).

A las características específicas que signaron Los almendros se suman otras comunes al resto de los campos, como son los saqueos de las escasas pertenencias que llevaban los detenidos: “Al lado de los camiones grandes pilas de chaquetas de cuero y uniformes militares se amontonaban; grupos de falangistas iban despojando a los prisioneros de todo, dejándoles en mangas de camisa” (Doña, 1978: 62). A Leo, por ejemplo, la protagonista de Doña, le quitaron el anillo de casada y la estilográfica. También se describen las condiciones insalubres que contribuirán al surgimiento de epidemias y parásitos:

Te sientes existir por el hecho de que –todavía– te chupen la sangre. [...]. El despiojamiento es una gran ocupación, lo mismo para las madres en las cabezas de sus hijas que para los hombres en los entresijos y costuras de sus calzoncillos (Aub, 2002: 518).

Finalmente, se destaca la separación, pues Los almendros fue el sitio donde las familias que habían sobrevivido a la tragedia del puerto fueron separadas. Entre las decenas de ejemplos que se recogen, pongamos por caso la despedida de Vicente Dalmases y Asunción Meliá, destacada pareja que reaparece en otros textos de *El laberinto mágico*.

–Las mujeres aparte [...].

Las preguntas surgen múltiples.

–Las llevan a unos cuarteles.

–A los cines.

–A los refugios.

–A la cárcel.

Lo cierto, que se las llevan. En la noche, ¡no verse! Pegados el uno al otro, Vicente y Asunción se besan ininterrumpidamente. [...] La humedad de la noche, de la cercanía del mar, pegajosa (Aub, 2002: 496).

Otra de las características de este campo que merece especial atención es la presencia de niños y mujeres embarazadas.

Laura, inquieta, iba de un grupo a otro grupo buscando almendras de sabor ácido y áspero –aún no habían madurado– pelando tallos de plantas, todo le parecía bueno a sus diecisiete años [...]. No tenía casi leche en los pechos y le quedaban unos últimos granos de azúcar para el niño que, hambriento y débil, había dejado de andar y se acurrucaba en sus brazos (Doña, 1978: 63).

Podríamos definir este pasaje como una estampa de maternidad y represión, también como el vaticinio de esa larga lista de desapariciones de niños en los centros del régimen (cerca de 42.000 niños perdidos hasta mediados de los años 50)⁷. Aub igualmente acude a la imagen de menores en el espacio concentracionario y llega, incluso, a describir el parto de una primeriza en el campo (Aub, 2002: 498). El campo de Los almendros, como el resto de los campos y centros, significó para madres e hijos una “zona de riesgo de pérdida” (Vinyes, 2002)⁸.

A pesar de su virulencia, Los almendros no duró mucho más de una semana, ya que las condiciones infrahumanas de este campo fueron denunciadas por los propios franquistas⁹. Max Aub, en su intención de

⁷ Para más información véase Vinyes (2002), Armengou, Belis y Vinyes (2003) y Souto (2015a y 2015b).

⁸ Esta situación se haría rápidamente habitual. En 1941 llevaría a fundar la nefasta Prisión de Madres Lactantes, organismo que, tras la fachada de filantropía del régimen, escondía un plan de segregación de madres e hijos, orquestado a partir de las teorías del psiquiatra Vallejo Nágera.

⁹ Los campos franquistas también se destacaron por el trabajo forzoso, una condición que no encontramos en los testimonios sobre Los almendros, a causa de esta corta duración. En mayo de 1937 se sancionó el decreto por el que se concedía el “derecho” al trabajo a los prisioneros de guerra. Con dicha ley se “legalizó” la mano de obra gratuita para el régimen. De manera que el castigo de la guerra perdida no se limitó a la priva-

reforzar la narración con documentos históricos, transcribe la carta por la que se solicita el traslado a la Plaza de Toros, al campo de Albaterra, y a Carcagente, Totana, los Alcázares y Villena, según la disponibilidad de cada uno. Los prisioneros también fueron trasladados al Castillo de Santa Bárbara, al cine, a la cárcel Provincial y al reformatorio de adultos.

Tengo la inexcusable necesidad de hacer llegar al conocimiento de S.E. que el actual campo en que están concentrados los prisioneros rojos, [...] procedentes del Puerto y de la Ciudad de Alicante, es absolutamente inadecuado, lo mismo desde el punto de vista de la seguridad que de la higiene (Aub, 2002: 504).

Tanto en el exhaustivo detalle de los hechos, abundantes en fechas y descripción de espacios, como en la cantidad de personajes que forman la trama de los textos de Aub y Doña, subyace un fuerte anhelo de ser comprendidos. Este deseo, si bien estuvo durante décadas bajo nebulosas políticas, finalmente halló su asidero en los nuevos narradores que partieron de las obras de los testigos para acercarse a esa herida “mortal”, que también les pertenece por herencia. Los escritores, dramaturgos y artistas del nuevo siglo¹⁰ son quienes actualizan el recuerdo de ese laberinto iniciado por quienes se negaron a olvidar y sintieron la necesidad de “empuñar la pluma” (Sánchez Zapatero, 2010), a fin de que se conociera lo sucedido en los campos y las cárceles.

Esta articulación de pasado, presente y futuro, se constituye, así, como una “práctica resistente” (Calveiro, 2006a: 379) de la sociedad actual; ya que las obras que ponen en relación los diferentes testimonios, la memoria y la historia, enfrentan una nueva “verdad” a ese discurso oficial, fraguado en la dictadura y afianzado durante la transición democrática. Pero estas producciones de igual modo llaman la atención sobre la posibilidad de repetición de los acontecimientos. Estos hechos,

ción de la libertad, sino que se extendió a la reconstrucción de las zonas bombardeadas y la construcción de nueva España. Ver Lafuente (2002), Rodrigo (2006).

¹⁰ Por razones de espacio, así como por el objeto de estudio aquí propuesto, no se analizan estas nuevas narrativas, que se despliegan en un amplio frente creativo, desde numerosas novelas y documentales como *Els nens perduts del franquisme* (Armengou, Belis y Vinyes, 2002), hasta cómics, entre otros: *Cuerda de presas* (García y Martínez, 2005) y *Los surcos del azar* (Paco Roca, 2013).

como ingería Bauer (2002) respecto al Holocausto, no son únicos e inexplicables. Entonces, es necesario estudiar y analizar el pasado traumático no como episodios estancos y encerrados en una memoria pretérita, sino como un quiebre de lo humano que no ha dejado de acontecer. La Guerra Civil española, el Holocausto y las dictaduras del siglo pasado requieren ser pensadas “como un espacio que puede pertenecer al futuro”, “como premonición y no como antecedente” (Cohen, 2006: 21). Este es el propósito de seguir escribiendo e indagando sobre ello.

Bibliografía

- Agamben, Giorgio [1999] 2000. *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo sacer III*. Valencia: Pre-Textos.
- Armengou, Montse; Belis, Ricard & Vinyes, Ricard. [2002] 2003. *Los niños perdidos del franquismo*. Madrid: RBA/Televisió de Catalunya.
- Aub, Max. [1968] 2002. *Campo de los almendros*. En *Obras Completas. El Laberinto mágico II*, Vol. III-B. Valencia: Biblioteca Valenciana.
- Bauer, Yehuda. 2002. *Repenser l'Holocaust*. Paris: Éditions Autrement-Frontières.
- Calveiro, Pilar. 2001. *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Colihue.
- Calveiro, Pilar. 2006a. Los usos políticos de la memoria. En Caetano, Gerardo (ed.). *Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina*. Buenos Aires: Clacso, 359-382.
- Calveiro, Pilar. 2006b. Testimonio y memoria en el relato histórico. *Acta Poética* 27(2): 65-86.
- Castilla del Pino, Carlos. [1997] 2003. *Pretérito Imperfecto*. Barcelona: Tusquets.
- Caudet, Francisco. 2002. Estudio introductorio. En Aub, Max. *Obras Completas. El Laberinto mágico II*, Vol. III-B. Valencia: Biblioteca Valenciana, 11-33.
- Chacón, Dulce [2002] 2003. *La voz dormida*. Madrid: Santillana de Ediciones Generales.
- Cohen, Esther. 2006. *Los narradores de Auschwitz*. México: Fineo.
- Doña, Juana. 1978. *Desde la noche y la niebla (mujeres en las cárceles franquistas)*. Madrid: Ediciones de la Torre.
- Doña, Juana. 1992. *Gente de abajo*. Madrid: A-Z Ediciones.
- García, Jorge & Martínez, Fidel. 2005. *Cuerda de presas*. Bilbao: Astiberri.
- Lluch-Prats, Javier. 2010. *Galería de personajes de El laberinto mágico*. Segorbe: Fundación Max Aub.

- Lluch-Prats, Javier. 2014. Donde habita la memoria: testimonios históricos de la diáspora republicana en torno a los campos de concentración franceses. En Alted Vigil, Alicia & Fernández Martínez, Dolores (ed.) *Tiempos de exilio y solidaridad: la Maternidad Suiza de Elna (1939-1944)*. Madrid: UNED, 135-157.
- López, Antonio. 2013. *Esclavos del franquismo. Trabajos forzados*. Madrid. http://www.lacomunapresxsdel franquismo.org/wp-content/uploads/2015/07/Esclavos-del-franquismo-Trabajos-forzados_VAL.pdf [Acceso 04/04/2016].
- Lafuente, Isaías. 2002. *Esclavos por la patria. La explotación de los presos bajo el franquismo*. Madrid: Temas de hoy.
- Mate, Reyes. 2015. Memoria y construcción política. En Cruz Suárez, Juan; Lauge Hansen, Hans & Sánchez Cuervo, Antolín (eds.) *La memoria novelada III. Memoria transnacional y anhelos de justicia*. Suiza: Peter Lang, 25-38.
- Nos Aldás, Eloísa. 2011. Estudio introductorio. En Aub, Max. *El limpiabotas del padre eterno*. Segorbe: Fundación Max Aub, 27-220.
- Oleza, Joan. 2011. Ficción, historia y novela. La tragedia del puerto de Alicante. *Cuadernos RIEV. Revista Internacional de los Estudios Vascos* 8: 104-123.
- Rodrigo, Javier. 2006. Internamiento y trabajo forzoso: los campos de concentración de Franco. *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea* 6: 1-29.
- Roca, Paco. 2013. *Los surcos del azar*. Bilbao: Astiberri Ediciones.
- Sánchez Zapatero, Javier. 2008. Los relatos de Max Aub en el contexto de la literatura concentracionaria. *El correo de Euclides* 3: 163-176.
- Sánchez Zapatero, Javier. 2010. *Escribir el horror: Literatura y campos de concentración*. Barcelona: Montesinos.
- Sánchez Zapatero, Javier. 2012. De la experiencia al texto: problemas de representación en el discurso autobiográfico. *Miríada Hispánica*: 175-191.
- Souto, Luz C. 2015a. El caso de los niños expropiados por el franquismo. Del documental a la ficción. En Cruz Suárez, Juan; Lauge Hansen, Hans & Sánchez Cuervo, Antolín (eds.) *La memoria novelada III. Memoria transnacional y anhelos de justicia*. Suiza: Peter Lang, 243-261.
- Souto, Luz C. 2015b. La apropiación de niños en España y Argentina. Dos políticas de la memoria. *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* 40: 437-463.
- Todorov, Tzvetan. [1991] 1993. *Frente al límite*. México: Siglo veintiuno editores.
- Todorov, Tzvetan. [1998] 2000. *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- Vinyes, Ricard. 2002. *Irredentas. Las presas políticas y sus hijos en las cárceles de Franco*. Madrid: Temas de hoy.